

# Observar el arroz crecer

Cómo habitar un  
mundo liderado  
por China



Julio  
Ceballos

Julio Ceballos

# Observar el arroz crecer

Cómo habitar un mundo liderado por China

*Ariel*

Primera edición: febrero de 2023

© 2023, Julio Ceballos

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.planetadelibro.com](http://www.planetadelibro.com)

ISBN: 978-84-344-3602-2

Depósito legal: B. 1.422-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



## Índice

<i>Una introducción imposible</i> . . . . .	15
1. <i>Hic sunt dracones</i> . . . . .	23
2. Los huesos del oráculo . . . . .	29
3. Un cementerio de cosmonautas . . . . .	34
4. La importancia de (sobre)vivir . . . . .	38
5. Los calzoncillos del señor Wu . . . . .	44
6. <i>Mā má mǎ mà</i> . . . . .	49
7. La eternidad que no recuerdas . . . . .	54
8. 1.500 millones de chinos saltando a la vez . . . . .	60
9. El arte de la paz . . . . .	64
10. Meterse en la mente de un chino . . . . .	76
11. El chino de la esquina . . . . .	82
12. Lo arduo . . . . .	89
13. Vender hielo a los esquimales . . . . .	92
14. El cinturón y la senda . . . . .	98
15. El tercer polo de la Tierra . . . . .	104
16. Un mundo sin Google . . . . .	108
17. Tordesillas 2024 . . . . .	113
18. La historia de amor más triste del mundo . . . . .	118
19. Viento y agua . . . . .	121
20. Un gigantesco sindiós . . . . .	126
21. El puerto de los piratas . . . . .	133
22. Nunca algo chino había durado tanto . . . . .	137
23. El imperio campesino . . . . .	143
24. Cinco tazas de té . . . . .	148

25. Cometas sobre Tian'anmen . . . . .	153
26. Familia infinita . . . . .	159
27. Tenderos 4.0. . . . .	164
28. El Gibraltar de Oriente . . . . .	168
29. Xilófonos y chinóforos . . . . .	172
30. Fútbol, toros y Barcelona. . . . .	176
31. La sombra de Mao es alargada . . . . .	181
32. El mundo de ayer. . . . .	187
33. El club VIP más grande del planeta . . . . .	193
34. La guerra en tu bolsillo . . . . .	200
35. Al norte del río, al este de la montaña . . . . .	204
36. La absurda idea de no dominar el mundo. . . . .	208
37. Un laberinto sin mapa. . . . .	217
38. CCTV . . . . .	221
39. <i>Momentum</i> . . . . .	226
40. La vida eterna. . . . .	232
41. El pasado que recordó que era futuro . . . . .	237
42. BAT y la sopa del murciélago . . . . .	241
43. Colapso y caos . . . . .	246
44. Los dragones existen . . . . .	255
45. Los bárbaros . . . . .	259
46. La estrategia del bambú . . . . .	263
47. Tortugas de ultramar. . . . .	267
48. El sabor del perro chino . . . . .	271
49. La cara oculta de la Tierra . . . . .	277
50. La Preferida . . . . .	283
51. El lenguaje del humo. . . . .	290
52. Hambre, eternidad y el arrozal que se catapultó al futuro . . . . .	294
53. Estudia mientras vivas . . . . .	299
54. Tierras del monzón . . . . .	305
55. El lado oscuro. . . . .	309
56. El robot de Confucio. . . . .	316
57. Yuyu (el miedo amarillo) . . . . .	320
58. La lengua común . . . . .	324
59. El nuevo desorden mundial . . . . .	328
60. Lanzas y escudos . . . . .	336

61. La ciudad no es para ti . . . . .	340
62. El mapa del fin del mundo . . . . .	346
63. Nadie voló sobre el nido del cuco . . . . .	352
64. El otro lado de la mesa . . . . .	356
65. Kenny G y el chino que otea el horizonte . . . . .	364
66. 50 sombras de gris . . . . .	369
67. El eterno retorno . . . . .	374
68. Lejano Occidente. . . . .	378
69. Mares del Sur . . . . .	382
70. Hormigas versus cigarras. . . . .	386
71. Venerables poderosos . . . . .	391
72. La calma, el relámpago, el trueno y el eco. . . . .	396
73. La Red de Bambú . . . . .	400
74. Todos los chinos (no) son iguales . . . . .	404
75. La gallina, la mariposa, los chips y lo que mueve el mundo . . . . .	410
76. Asimov olvidó China . . . . .	415
77. Un país de hijos únicos . . . . .	421
78. La isla rebelde . . . . .	428
79. El frito del refrito. . . . .	434
80. Tiempos de tránsito. . . . .	441
81. Preguntas al cielo. . . . .	445
82. Por un puñado de <i>e-yuanes</i> . . . . .	450
83. El Sueño de China. . . . .	456
84. Definitivamente quizá . . . . .	461
85. Mi familia china . . . . .	465
86. El día de mañana . . . . .	473
87. Todos seremos chinos . . . . .	478
88. El futuro que no seremos . . . . .	492
<i>Bonus track</i> . . . . .	497
<i>Agradecido</i> . . . . .	501
<i>Libros para viajar a China desde un sofá made in China</i> . .	505

*Hic sunt dracones*

Hubo un tiempo en que el mundo era, en su mayor parte, un lugar inexplorado, repleto de misteriosas extensiones no cartografiadas, ignotos abismos y líneas imaginarias a partir de las cuales nadie que se arriesgara a aventurarse por ellos sería capaz de regresar para contarlo.

Los cartógrafos renacentistas ilustraban aquellos *non terrae plus ultra*, esas zonas blancas de los mapas, con dibujos de las monstruosas bestias que, imaginaban, habitaban aquellos misteriosos lugares. Junto a ellas rezaba la inscripción *HIC SUNT DRACONES* (Aquí hay dragones), pues esa tierra desconocida era la morada de los monstruos; allí se estaba a merced de las bestias. Es interesante apuntar cómo los cartógrafos de entonces no empleaban fórmulas intimidantes al denominar aquellos territorios de los que no tenían datos, sino que usaban expresiones tales como «fin del mundo», «no adentrarse» o «peligro de muerte». Ni siquiera señalaban que los dragones fuesen peligrosos. Al leer el mapa cada cual era libre de interpretar lo desconocido como quería, como invitación o como amenaza. Sin embargo, donde la mayoría veía en aquella inscripción cartográfica una advertencia para alejarse, hubo quienes, lejos de sentir miedo, intuyeron que eran territorios de grandes oportunidades, de triunfos y recompensas. Ellos escribieron la historia de los grandes descubrimientos y expediciones de los siglos xv al xx.

Lo que muy pocos en Occidente sabían era que, al otro lado del mundo, y ya a mediados del siglo xv, una superpotencia

extranjera enviaba enormes flotas en viajes transoceánicos de largo alcance, por todo el sudeste asiático y la península arábiga, hasta las costas orientales de África en busca de especias, minerales y recursos naturales. Empleando un símil actual, imaginemos que, mientras Estados Unidos envía su primera sonda a Marte, China ya estuviese estableciendo colonias allí. Tendrían que pasar siglos para que Occidente conociera el alcance de aquellos viajes del almirante chino Zheng He y comprendiera el sistema tributario y comercial que desplegó China en muchos de aquellos lugares que visitó. Aún hoy, con perplejidad y desde la mentalidad colonizadora que ha caracterizado el desarrollo económico europeo durante siglos, a Occidente le cuesta entender por qué, disponiendo de medios humanos, tecnológicos y económicos suficientes, la antigua China no estableció un imperio colonial sobre aquellos territorios que exploró.

Actualmente el mundo físico está cartografiado de forma milimétrica y ya apenas quedan zonas por explorar. Sin embargo, el mundo físico y tangible ya no es la única expresión de nuestra realidad: es, cada vez más, en la biosfera digital donde se genera valor, donde nos relacionamos, trabajamos, aprendemos y consumimos. Vivimos cada vez más digitalmente. China es también un fenómeno tecnológico y digital de primer orden.

La digitalización, un fenómeno transformador que ya estaba en marcha antes de la pandemia de la covid-19, se ha acelerado en todo el mundo a consecuencia de la crisis vírica, pues de ella ha dependido en gran parte el control y la solución de la epidemia. Por vez primera en la historia moderna una inmensa masa poblacional global (aproximadamente un cuarto de la humanidad y casi tres cuartas partes del mundo desarrollado) tuvo que enclaustrarse en sus casas durante los meses de marzo, abril y mayo de 2020 para hacer frente a una amenaza sin precedentes. La epidemia ha reiniciado nuestro modo de vida e inaugurado una época de digitalización acelerada. Desconocemos cómo de profundo y duradero será el impacto de la crisis de la covid-19 o la relevancia con la que encontrará su lugar en los futuros libros de historia, pero es evidente que muchas de estas tendencias no se van a revertir. Al contrario, la

pregunta que ahora nos hacemos ante cualquier gestión o tarea es: «¿Puedo hacerla *online*?». No hay vuelta atrás, la nueva normalidad es esta.

Fue un organismo invisible el que puso en jaque a la humanidad y activado las diferencias —a menudo también invisibles antes de la crisis— en los esquemas mentales, los modelos de realidad, las escalas de prioridades y los valores —nuestro verdadero *software*— que rigen las mentes de los que gobiernan el mundo. La covid-19 y la ambivalente respuesta de los diferentes países ante el peligro vírico también han puesto de relieve la anacrónica convivencia de nuestras expectativas y las herramientas de supervivencia que nos proporcionan los sistemas administrativos actuales. Como afirma el biólogo Edward Osborne Wilson: «El verdadero problema de la humanidad es el siguiente: tenemos emociones del Paleolítico, instituciones medievales y tecnología propia de un dios». Los resultados en la gestión de esta crisis, las cifras de víctimas y la recuperación económica de unos y otros hablan por sí solos. Nuestros valores y creencias explican mucho de lo sucedido.

De este modo, hasta hace poco tiempo hemos logrado vivir de espaldas a China porque, sencillamente, nos lo podíamos permitir: China era irrelevante, invisible, débil, inofensiva... y muy lejana. El año en que nací, 1979, la economía china era apenas la vigésima parte de la estadounidense. Según pronósticos del Banco Mundial, se calcula que en el año 2030 la economía china —en términos de paridad de poder adquisitivo— representará ya un tercio de la economía mundial global y el doble de la estadounidense. Para entonces se prevé que será incluso más grande que las economías de Estados Unidos y la Unión Europea juntas. A medida que avance este siglo, Estados Unidos y sus socios históricos (Reino Unido, Japón, Francia, Alemania y Australia) perderán la posición dominante que han ejercido desde la disolución de la URSS en 1991. Se inaugura un nuevo mundo, multipolar (aunque, *de facto*, bipolar), lleno de paradigmas que nos son desconocidos, desafíos, retos y de nuevas superpotencias emergentes. Ese es nuestro futuro, hacia allí nos dirigimos.

Entramos en la fase final de un ciclo histórico de quinientos años de dominación mundial occidental. Asia, con China a la cabeza, está a punto de tomar la delantera. Occidente, especialmente la ciudadanía de a pie, no está preparada. Sus dirigentes tampoco. Por eso importa leer sobre este país, por eso es oportuno acercarlo a Occidente y aproximarnos a las fuentes que nos ayuden a comprenderlo mejor y a adaptarnos a la realidad que vamos a habitar en el transcurso de nuestras vidas. Más allá del afán de conocimiento o la sana curiosidad, es una cuestión de supervivencia.

La crisis financiera del año 2008, la pandemia de la covid-19 y la guerra iniciada por Putin contra Ucrania sembraron la «futurofobia» en la población de medio mundo. Pero el miedo al futuro y sus amenazas solo se vencen desarrollando nuevas herramientas con las que afrontarlo. Gran parte de la transformación geopolítica que atestiguamos es el resultado de la voluntad decidida de una élite —el Partido Comunista Chino (PCCh)— y del esfuerzo ímprobo de una inmensa masa poblacional (una quinta parte de la humanidad) por mejorar su calidad de vida y cumplir sus sueños; es una historia épica. Haciendo gala de largoplacismo estratégico y flexibilidad táctica, las autoridades chinas han apostado por la estabilidad institucional, la inversión tecnológica, el control social, el esfuerzo denodado, la mano dura y la competencia voraz para, en solo treinta años, lograr la mayor transformación económica y social de la historia. La China de hoy es heredera de un modelo milenario de gobernanza jerárquica, meritocrática, no expansionista, con valores diferentes (ni mejores ni peores) a los occidentales e incontestables logros económicos y sociales. Su sistema ofrece una eficaz salida al subdesarrollo, se muestra aparentemente capaz de gestionar mejor (a corto plazo) las crisis que la mayoría de las democracias occidentales y parece plantear una alternativa plausible y eficiente a un modelo capitalista, unipolar y occidental que da muchas muestras de agotamiento.

Pero son muchos los claroscuros del imparable ascenso chino que inquietan y preocupan en Occidente: el Gobierno de Pekín es autoritario, es responsable de graves desastres ecológicos y atropellos de los derechos humanos, tiende al control

paranoico, la falta de seguridad jurídica, la violación de derechos de la propiedad intelectual o la falta de reciprocidad en sus relaciones internacionales, entre otras «virtudes». Sin embargo, los medios occidentales suelen pasar por alto los aspectos más amables, humanos y exitosos de la China actual, convirtiendo a menudo su realidad en una caricatura de lo que realmente es. Tal como sucede con otras sociedades igual de poliédricas y caleidoscópicas, abundan las sombras en el fenómeno chino, pero casi todo es relativo y no hay verdades absolutas. Es preciso repasar la validez de muchos de esos estereotipos, clichés y tópicos sobre China.

Para chinos y no chinos, el futuro es incierto por definición, pero desde enero del año 2020 más que en los últimos ochenta años; desconocemos qué va a pasar ni hacia dónde se dirige el mundo. Volvemos a surcar aguas de un mar no cartografiado y para ello necesitamos una guía de lo desconocido; un manual de supervivencia para el mundo que viene, pero esa carta de navegación no existe. Solo disponemos de recetas preventivas, fórmulas y pautas que nos ayuden a manejar la incertidumbre.

El universo de oportunidades que propone, las amenazas y los retos que plantea este nuevo paradigma, dibujan un planisferio donde son muchas más las zonas blancas que las zonas exploradas. Además, la superficie y la escala del mundo digital crecen y mutan sin cesar, convirtiendo esas referencias de los mapas en imprecisas y rápidamente obsoletas. En este siglo, como hace quinientos años, las zonas blancas, los territorios desconocidos de los mapas, allí donde «hay dragones» y habitan «seres misteriosos», son fuente de motivación para el cambio, el descubrimiento y la exploración de nuevas oportunidades. En este contexto de falta de certezas, China emerge, con decisión y fuerza renovadas, como fuente de oportunidades, amenazas y desafíos que afrontar y una alternativa plausible en un mundo a menudo caótico e incomprensible.

¿Qué hubiese sucedido si en 1433 el emperador chino Hongxi, apremiado por unas arcas menguantes tras una costosa guerra contra los mongoles, una conflictiva retaguardia occidental y un espíritu mucho más conservador que el de su padre, no

hubiese detenido los viajes oceánicos emprendidos décadas antes? ¿Y si la primera potencia naval mundial en 1492 hubiese sido China y no Portugal? ¿Y si los cientos de gigantescos juncos chinos se hubiesen topado en el Índico con las pequeñas carabelas de Vasco de Gama o con las de Colón en sus viajes transatlánticos? ¿Qué orden mundial hubiese surgido de aquel encuentro? ¿Qué rumbo hubiese tomado entonces la historia?

Con cinco siglos de retraso cobran actualidad preguntas equivalentes. Muchas siguen siendo hipotéticas, pero de reflexión cada vez más útil y reveladora. De otras, en cambio, ya conocemos la respuesta: efectivamente, el dragón dormía en aquellas zonas blancas aún no cartografiadas de los lugares incógnitos del mundo. Ni nosotros, los de entonces, somos hoy los mismos ni el dragón es inevitablemente temible. Pero esa es la historia que intentaré contar a lo largo de los próximos capítulos.